

# LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

Administración: Alcalá, 23, Madrid.

Madrid, 6 de Septiembre de 1893.

Año LII.—Núm. 33.

## SUMARIO.

TEXTO.—Revista parisiense, por V. de Castellido.—Explicación de los grados.—Marilinda (continuación), por D.<sup>a</sup> Isabel Cheix.—La Presidaria, por M. G. Romana.—En la prevención de policía, por M. F. O.—Prácticas Sociales (continuación), por D.<sup>a</sup> Salomé Nuñez y Toyete.—Estrella López, por D. Mariano Ortega.—Correspondencia particular, por D.<sup>a</sup> Adela P.—Explicación del figura iluminado.—Sueltos.—Sociedad al tercioficio del núm. 30.—Jocografías.—Anuncios.

GRABADOS.—1. Traje de visita.—2. Traje de carreras.—3. Traje de recepción.—4. Sombrero Lamballe.—5 y 6. Manteleta para señoras de cierta edad.—7 a 10. Trajes de paseo.—11 y 12. Cuerpo-blusa de *surah*.—13 y 14. Cuerpo de vestido de recibir.—15. Delantal para niñas de 6 a 8 años.—16. Traje de calle.—17. Vestido de fular.—18. Capa de otoño.—19 a 21. Abrigo de viaje ó de lluvia.—22 y 23. Dos sombreros de luto.—24 a 32. Joyas de luto.—33 y 34. Esclavina y sombrero de luto para señoritas.—35. Vestido de luto.—36 y 37. Vestido y sombrero de luto para señoras.—38 y 39. Vestido y sombrero de luto para niñas de 8 a 10 años.—40. Delantal para señoritas.

## REVISTA PARISIENSE.

### SUMARIO.

Paris en Trouville.—La gran semana de Deauville.—Elegancia selecta.—Tres modelos entre cien.—Abrigos y sombrillas.—Un vestido de otoño.—Sombreros y peinados.—Los asnos al abrevadero.—Un carácter gramatical.—Manos timidas.

El verdadero Paris se halla actualmente en Trouville, que es el centro mundano desde fines de Agosto hasta mediados de Septiembre. Traslámonos, pues, á Trouville.

Las más lindas, las más elegantes parisienses se dan cita en la célebre playa normanda para la gran semana de Deauville, y diariamente se puede asistir á una espléndida exhibición de lujo y de belleza.

Ninguna de las reinas de la elegancia falta á esta selecta reunión: la Princesa de Sagán, la Marquesa de Gallifet, las señoras de San Román y de Erlanger, Mme. Dolfus, y cien otras menos conocidas que la falta de espacio no me permite mencionar.

Entre las maravillas de todos admiradas citaré en primer lugar un precioso vestido de *surah* cibelina, adornado con rizados del mismo *surah* recortado y de un bordado fino de oro y cachemira. Cuerpo-coraza, cerrado bajo el brazo. Esclavina triple, de piel de seda con vivo de terciopelo.—Sombrero *canotier*, de paja marrón, guarnecido de un galón ancho de terciopelo negro bordado y de dos alas negras.

Otro, de raso maravilloso, color de *eucaliptus*, iba adornado con tres bullones de muselina de seda del mismo color. Un adorno igual formaba canesú en lo alto del cuerpo. Unas solapas anchas de encaje blanco caían sobre las mangas. Faja de terciopelo azul turquí. Hombrecas bullonadas en lo alto de la manga.—Sombrero de paja oro, adornado con terciopelo azul turquí y plumas verdes *eucaliptus*.—Sombrilla del mismo color del vestido.

El tercero, en fin, era de tela brochada tornasolada verde y malva. A cada lado, figurando una quilla, iban dos rizados de raso *glicina*, dispuestos á lo largo de las costuras. En el borde inferior de la falda, tres volantes pantalla, sin ningún vuelo en lo alto, todos tres de raso *glicina*. El cuerpo se abría sobre un peto de muselina de seda blanca plegada. Un volante de encaje blanco formaba berta hasta la cintura por detrás, é iba fijado de trecho en trecho con escarapelas de cinta de raso *glicina*. El cuello y el cinturón eran de la misma cinta. En cuanto á la manga, es de una elegancia suma: muy aluceada de arriba, estrecha en el puño, con una escarapela de raso y un volante de encaje. Completaba el traje una *toque* de paja verde, adornada con escarapelas de raso *glicina* y una *aigrette*.

Abundaban las muselinas bordadas de fondo rosa ó paja, ó bien malva, con ramos estampados de colores neutros, y los crespones lindísimos, de colorido muy original, con adornos de raso ó de terciopelo que resaltaban sobre la tela, distinguiéndose entre todos un crespon color *prelado*, guarnecido de terciopelo verde pálido y encaje negro; otro azul marino, con volantes de muselina de seda negra; otro celeste, guarnecido de terciopelo color de naranja.

Los abrigos que acompañan á estos trajes á la hora en que la brisa refresca son sumamente cortos, ligeros y graciosos. El tafetán tornasolado, cubierto de un encaje siempre finos y suaves; la muselina de seda festoneada, dispuesta en volantes muy voluminosos, y las cintas de raso negro, puestas en



I.—Traje de visita.

Copyright, 1893, by Harper and Brothers.

volantes y veladas de un encaje grueso, como punto de Génova ó de Venecia, son los materiales de que se componen estas confecciones de entretiempo.

Las sombrillas, muy infladas y poco abiertas, se hacen generalmente de *surah*, de muselina de seda, entredos de encaje ó tul de lunares plegado á lo largo de las varillas, á fin de dar más bulto á este tejido ligero.



Núm. 1.

Finalmente, era un desahucamiento de cosas lindas, frescas, de colores claros, con zapatos finos como calzado de bailarinas, dejando ver las medias bordadas y caladas. Y en la cintura, el pañolito ligero como una tela de araña, sin contar las joyas de fantasía antiguas y modernas, que dan al traje suprema elegancia, sin excluir la riqueza.

No terminaré esta enumeración de novedades selectas sin describir un elegante vestido que reúne la doble ventaja de ser de la estación presente y poder servir para la próxima, para la estación de otoño (croquis núm. 1).

El vestido á que me refiero es de lana diagonal, de una flexibilidad incomparable, como la lana de Mongolia. Esta diagonal es encarnada y color de zafiro. Las costuras del delantero van marcadas con un bullonado de terciopelo zafiro. El cuerpo va guarnecido de cuatro bullonados iguales, y otro va puesto á lo largo de la manga ajustada, cuya parte superior se compone de un ahuecado enorme. Lo más original de este vestido es una esclavina triple de terciopelo zafiro, forrada de rojo y cortada por un patrón llano, en medio del cual se hace un agujero para la cabeza. Estas tres esclavinas van montadas en torno de un cuello recto, que va cerrado por detrás y da la abertura necesaria.

Los sombreros son tan lindos, tan graciosos, que todos merecerían los honores de la descripción.

Lo que domina son las pajas blancas, adornadas con volantes de muselina de seda que hacen sombra al rostro. Ningún género de tocado sienta mejor que éste.

Se llevan también muchas pajas color de oro, guarnecidas de blanco, cuyas guarniciones se hacen principalmente de cinta y de muselina de seda.

Las toques van erizadas de alas; algunas de ellas van adornadas con encaje moreno sobre redécilla de oro.

Los *pousse-pousse*—recuerdo de la Exposición de 1889—son muy originales, con su copa

Núm. 2.

puntiaguada, que surge de una nube de tul ó de encaje. La paja marrón, mordorada ó color de nuez va generalmente adornada con muselina ó crespón más claro, como el color de corcho, lo que es muy original y muy elegante. En medio del blanco se ve á menudo el terciopelo emandarina, dispuesto en lazos, escarapelas ó alas.

Y ya que trato de sombreros, citaré un precioso modelo de toque para señoras jóvenes ó señoritas (croquis núm. 2). Es una especie de bola de paja color de tabaco, sin más adorno que cuatro pompones de terciopelo y dos alas. Los pompones son de dos colores. Los de delante son grises

azules, y los otros dos de color de paja; las alas son unas alas largas de canario.

El peinado acompaña bien á esta *toque*. Es enteramente cresponado, y va retorcido en un rodete muy flojo, sujeto con unos alfileres de concha clara, después de lo cual se espere alrededor del rostro formando una infinidad de rizos de muy buen efecto.

No es posible determinar exactamente cuál es la moda en materia de peinado. La verdadera moda consiste en peinarse de la manera que acompañe mejor al semblante, y según la forma de la frente.

Si el nacimiento de los cabellos es bajo, se debe dejar la frente descubierta. No hay nada que dé mejor expresión al semblante: pero hay que tener cuidado de no estirar los cabellos á la china: se les debe dejar flexibles y un poco ahuecados.

Si, por el contrario, la frente es descubierta, es de absoluta necesidad el sombrealarla con algunos rizos, que se disponen como el rostro lo exija. Hay quien necesita tener la frente libre en medio; otras prefieren que el cabello forme una punta en este mismo sitio; otras, en fin, ahuecan los cabellos en las sienes, etc., etc.

Dos Duques discutían acaloradamente acerca de la manera de pedir de beber en un banquete. Uno de ellos afirmaba que debía decirse:

—Deme usted de beber.

El otro sostenía la fórmula siguiente:

—Tráigame usted de beber.

No pudiendo ponerse de acuerdo, sometieron la cuestión á Mme. du Defiant, que exclamó:

—La verdad es que ustedes unos asnos. En lo sucesivo deben decir: «Llévenos usted á beber».

Se hablaba de un profesor de Gramática, hombre severo, que no perdonaba nunca las ofensas.

—Está en su papel—dijo mi amigo Scholl—es un «ven-gativo» presente.

Mlle. X... es una joven lindísima, pero tiene las manos coloradas como un tomate.

Se hablaba de la tal joven delante de Meilhac:

—Es muy bella—dice el espiritual dramaturgo;—pero tiene un defecto: tiene las manos.... tímidas.

V. DE CASTELFIDO.

Paris, 1.º de Septiembre de 1893.

## EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

## Traje de visita.—Núm. 1.

Vestido de seda verde claro, completamente guarnecido de encaje negro. El cuerpo, que es de seda verde más oscura que la de la falda, va cubierto de una cascada de encaje, que cae sobre lo alto de las mangas y forma en la espalda una especie de mantilla plegada. Las mangas van adornadas con dos volantes del mismo encaje. La falda, de campana, lleva unos volantes anchos de encaje, dispuestos como indica el dibujo, y apuntados en las extremidades con unos lazos de raso. Por encima, la falda va guarnecida de unas VV de encaje, puestas á todo el rededor. El cinturón se compone de una cinta de terciopelo verde.—Capota muy pequeña de tul bordado de lentejuelas, adornada con unas alitas de varios colores.

## Traje de carreras.—Núm. 2.

Vestido de damasco con lunares gruesos. El cuello-esclavina va adornado con guipur blanco aplicado, y las mangas, cortas y bullonadas, con encaje negro en medio y en el codo. Esta manga va cubierta de tul negro bordado de palmetas. La falda lleva como adornos cuatro abanicos de seda, plegados en forma de acordeón y guarnecidos de tul negro bordado, y en el borde inferior una *ruche* de seda. La espalda del vestido es como el delantero.

El sombrero-capelina llamado *Duquesa de Orleans* es de paja de Italia cosida. Un lazo voluminoso de tafetán negro, con unas plumas amazona negras y blancas y una rosa de Francia bajo el ala constituyen los adornos. Una cinta estrecha de raso crema sirve de bridas, formando un lazo debajo de la barba.

## Traje de recepción.—Núm. 3.

Vestido de pekin negro y color de paja. Las listas negras llevan unos puntitos de color de paja. Cuerpo formado de dos bandas plegadas y cruzadas por delante y guarnecido de guipur, que forma una chaquetilla puesta de llano en torno de las mangas. Puños altos del mismo guipur. Cinturón con lacitos de terciopelo negro.

## Sombrero Lamballe.—Núm. 4.

Este sombrero es de paja de arroz negra, con alas abarquilladas, y va adornado con *airrettes* de encaje, rosas y cinta color de musgo. Completan los adornos unas bridas de terciopelo negro con una rosa en el lado izquierdo.

## Manteleta para señoras de cierta edad.—Núms. 5 y 6.

Esta manteleta es de bengalina tornasolada color de musgo y negra. Se compone de un volante fruncido con cabeza, que descansa sobre un canesú redondo, sobre el cual va montado un rizado de encaje que va á unirse al rizado de seda que forma el cuello. Un volante de encaje y dos faldones largos fruncidos en lo alto caen en forma de estola. Lazos flotantes de encaje y de cinta en la espalda.

## Trajes de paseo.—Núms. 7 á 10.

Núms. 7 y 9. Vestido de seda rayada color de choja seca, guarnecido de faya verde y de cordoncillo de azabache negro. Falda formada de paños estrechos, con costuras marcadas con un cordoncillo, y parte inferior recor-

tada en festones bajo un cordoncillo igual que cubre la pegadura de dos volantes de falda lisa, separados por un volante de seda rayada. Manga corta, formada, como la parte inferior del vestido, de dos volantes cortados por un volante rayado; manga ajustada de seda rayada. Cuerpo ordinario, remetido en la falda. Manteleta de seda rayada, que forma una berta doble, cortada en forma de pantalla. El primer volante termina á cada lado de dos faldones de manteleta cerrados en el centro del delantero. Canesú pequeño, que monta la manteleta, con costuras de los hombros, del centro de la espalda y del delantero, marcadas con un cordoncillo oro. Cordoncillo igual adorna los contornos de la manteleta. Cuello alto, encajonado, cortado en forma de pantalla.—Sombrero de paja de arroz negra, adornado con terciopelo verde y con plumas color de choja seca.

*Tela necesaria:* 20 metros de seda rayada; 5 metros de seda lisa, y 30 metros de cordoncillo.

Núms. 8 y 10. Vestido de seda tornasolada rayada verde y color de hortensia, guarnecido de terciopelo verde y de guipur blanco. Falda adornada con dos volantes de seda plegada, que llevan por encima un volante de guipur. Cuerpo remetido en la falda y compuesto de una espalda de corselillo de terciopelo con parte superior de seda rayada, delantero de corselillo de terciopelo plegado, y parte superior de delantero del mismo terciopelo, que forma canesú bajo unos delanteros de chaquetilla Figaro de seda rayada, con borde de delante guarnecido de un tableado flexible. Manga ajustada y bullón alto. Forro de cuerpo ordinario, ajustado, con delantero cerrado en el centro, bajo el terciopelo; la parte de encima del cuerpo va cerrada en la izquierda bajo la chaquetilla Figaro. Cuello alto de terciopelo.—Sombrero de paja de arroz verde, adornado con encaje blanco, rosas hortensia y muselina de seda crema.

*Tela necesaria:* 17 metros de seda rayada; 2 metros de terciopelo, y 10 metros de volante de guipur.

## Cuerpo-blusa de surah.—Núms. 11 y 12.

Se hace esta blusa de *surah* azul marino. La tela va estirada en la cintura, por delante y por detrás, con unos fruncidos. Canesú de guipur, del cual salen dos volantes tableados de *surah*, alternados con un volante de guipur. Mangas de codo, de guipur, con dos bullones de *surah*.

## Cuerpo de vestido de recibir.—Núms. 13 y 14.

Es de crespón tornasolado azul y color de paja. Es de forma recta, y va fruncido en la cintura, por delante y por detrás, bajo un encaje que desciende en forma de conchas, las cuales salen del hombro. El cuerpo se abrocha con corchetes en el hombro izquierdo bajo los fruncidos. Cuello plegado, que se cierra en el lado izquierdo. Manga semilarga, plegada en la costura y terminada en un volante de encaje.

## Delantal para niñas de 6 á 8 años.—Núm. 15.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VI, figuras 41 á 45 de la *Hoja-Suplemento*.

## Traje de calle.—Núm. 16.

Vestido de velo color heliotropo, guarnecido de galones anchos, calados y bordados de varios colores, plata, rosa antiguo y verde agua. El cuerpo, que forma chaqueta, lleva unas solapas anchas de raso bordado, y va estrechado en la cintura con un cinturón del mismo género, terminando por detrás en dos adiletas. Las mangas, bullonadas en lo alto, son ajustadas en los puños y van adornadas con galones. La falda va adornada con dos galones bordados, que llevan por encima una pasamanería estrecha de cuentas plata y verde.—El sombrero es de paja mordorada, y va adornado con un penacho de plumas heliotropo.

## Vestido de fular.—Núm. 17.

Se hace este vestido de fular color crema con dibujos negros. Cuerpo apretadamente plegado, y cubierto en los hombros y en la cintura con un adorno de raso negro y entredos de guipur. Este adorno va hecho aparte del cuerpo, y se le pone separadamente; va abierto en medio, y deja ver los pliegues del cuerpo de fular. Lazos dc raso negro en lo alto de las mangas, y cintas flotantes que caen sobre éstas y van á reunirse por detrás con un lazo igual al de delante. Mangas de volante indesplegable hasta el codo y ajustadas desde el codo hasta el puño. Falda llana por arriba, y continuada desde el medio por un volante y ancho indesplegable, fijado por arriba con un entredós de guipur blanco sobre un fondo de raso negro.

## Capa de otoño.—Núm. 18.

Para la explicación y patrones, véase el número V, figuras 34 á 40 de la *Hoja-Suplemento*.

## Abrigo de viaje ó de lluvia.—Núms. 19 á 21.

Para la explicación y patrones, véase el núm. II, figuras 15 á 22 de la *Hoja-Suplemento*.

## Dos sombreros de luto.—Núms. 22 y 23.

Núm. 22. Se cubre el casco de este sombrero, de llano, de crespón inglés, y se adorna el borde de delante con crespón inglés plegado, cuyo borde va cubierto además con tres pedazos de crespón plegado, formando una punta por delante. Se hacen en el borde de estos pedazos dos pliegues provistos de una cinta de latón y arqueados en una punta en medio. Entre el segundo y el tercer pedazo se fija una rosácea de crespón. El borde inferior del sombrero va cubierto con las bridas hechas de crespón y cerradas bajo un lazo. Se pega al sombrero, por detrás, un velo de crespón, que tiene 73 centímetros de ancho y 83 de largo, y va dispuesto en varios pliegues en uno de los picos superiores.

Núm. 23. Se cubre este sombrero, como el anterior, de crespón inglés, puesto de llano, y se adorna su borde de delante á 3 centímetros de ancho, formando las bridas y cerrándose bajo un lazo. Las demás partes del sombrero van cubiertas con un velo de crespón, que tiene un metro 95 centímetros de largo por 70 centímetros de ancho, y va doblado á la mitad de su largo y fijado sobre el sombrero.



2.—Traje de carreras.

Copyright, 1893, by Harper and Brothers

**Joyas de luto.—Núms. 24 á 32.**

Todas estas joyas son de azabache tallado de diferentes modos.

**Esclavina y sombrero de luto para señoritas.—Núms. 33 y 34**  
Para la explicación y patrones, véanse las figs. I á IV de la *Hoja-Suplemento*.

**Vestido de luto.—Núm. 35.**

Para la explicación y patrones, véase el núm. I, figuras 1 á 14 de la *Hoja-Suplemento*.

**Vestido y sombrero de luto para señoras.—Núms. 36 y 37.**

El vestido es de lanilla negra y crespón inglés. La falda, de campana, va guarnecida de tiras de crespón inglés de diferentes anchos. El cuerpo, cerrado por delante, va cubierto, en forma de canesú, con crespón, y las demás partes del cuerpo van cubiertas de lanilla. Se completa el vestido con unas mangas muy anchas, adornadas con tiras de crespón, con un cuello recto cubierto de crespón y un cuello grande y redondo de la misma tela.—El sombrero, de forma de capota, es de crespón inglés, y va cubierto en

el ala con rizados de la misma tela. Se le adorna por delante con un lazo de crespón y con un velo cosido en la parte de encima de la copa.

**Vestido y sombrero de luto para niñas de 8 á 10 años.—Núms. 38 y 39.**

Para la explicación y patrones, véase el núm. IV, figuras 29 á 33 de la *Hoja-Suplemento*.

**Delantal para señoritas.—Núm. 40.**

Para la explicación y patrones, véase el núm. VII, figuras 46 y 47 de la *Hoja-Suplemento*.



Si Salvador la ha ofendido, perdone para ser perdonada.

— ¡Nunca! ¡nunca! El perdón alienta el crimen.

— ¡Dios! Luz, la soberbia es mala consejera: la tercera parte de los ángeles se hundió en el abismo por tan abominable pecado.

— Señor Rector, la dignidad no es soberbia.

— ¡Perdón y olvido, y la felicidad renacerá en esta casa! ¡Perdón y olvido en memoria del esposo que acaba de perder!

— ¡Su debilidad es causa de todo!—replicó la mayorazga con tan airado acento, que el buen sacerdote comprendió la inutilidad de insistir.

— ¡Dios tenga más piedad de usted, que tiene usted con la sangre de su sangre!—murmuró tristemente.—Me llevo á Salvador; pero no olvide que el Señor ha dicho: *¡Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia!*

D.ª Luz clavó sus pupilas secas y ardientes en el conmovido semblante del Rector, y volvió la cabeza como impaciente: por terminar un diálogo que le molestaba.

— ¡Algún día quizá se acuerde del hoy!—añadió el Rector con inspirado acento;— ¡clamará usted por favor.... y se hallará sola.... sola.... como anuela quedarse!....

La mayorazga hirió el suelo violentamente con el pie; el anciano comprendió lo que pasaba en su pecho, y se alejó de ella, espantado de que tuviese el orgullo tal poder en el alma de una criatura. Halló á Dorito donde lo había dejado, y enlazándole un brazo, lo arrastró consigo sin decirle nada.

ISABEL CHEIX.

Continuará.

## LA PRESIDARIA.

**J**UANA Loure era una hermosa muchacha coruñesa. Alta, esbelta, de sonrosado rostro, ojos granzos y abultado seno, aparentaba más años de los diez y seis que tenía, y á decir verdad, su carácter serio, su recto juicio y manera de producirse en todos los actos de la vida venían á robustecer aquella apariencia.

Juana no había amado. Quizá por efecto de su carácter, por el respeto que su continente inspiraba y que hacía temer desdenes y fracasos, hasta entonces, y á pesar de su hermosura, ni joven ni viejo le había dicho palabra que excediese los límites de una mera galantería. Había oído muchas veces á viejos y jóvenes que era hermosa, que sería feliz el hombre que con ella diera; pero esto ya se lo sabía, pues tenía espejo para verse, y sentía latir en su pecho un corazón donde ardían la piedad y los más nobles sentimientos que abrigar puede un alma de mujer.

Huérfana de padre desde niña, su pobre madre la dedicó al oficio á que en su viudez había apelado para ganar el sustento de ambas, é hizo la cigarrera. Madre é hija se distinguían en la Fábrica por su cordura y laboriosidad, no menos que por su afable trato y su resuelta disposición á todo lo que fuese honrado y bueno. No se echaba un guante para socorrer á una compañera desgraciada sin que se contara las primeras con Juana y con su madre; no se proyectaba una romería sin que Juana, por lo menos, fuese de la partida; y en yendo Juana, la Fábrica se quedaba desierta.

Alegres, y ataviadas con sus brendas de los más vivos colores, salía de la Fábrica un pelotón de ellas, con Juana á la cabeza, á media tarde, un día de Septiembre, para dirigirse al santuario de Pastoriza. La romería que allí se celebra desde tiempo inmemorial estaba en todo su auge. De la capital y de todos los pueblos del contorno acudía una multitud bulliciosa que, entonando alegres cantos y lanzando gritos de alborozo, daba á aquellos parajes, casi siempre solitarios, el aspecto de una fiesta popular. Juana cantaba, y sus compañeras imitabanla; mas al volver un recodo del camino, produjose en ellas un repentino silencio.

Aquellas voces juveniles habían emudecido al tropezar con la desgracia, mejor dicho, con un grupo de desgraciados. Les que allí había no eran de aquellos que tienen que abrir su corazón á quien los oye para que se enteren de su desdicha: la triste historia, el secreto íntimo que la generalidad de los hombres lleva en su pecho, permanece oculto para los demás, y si alguien lo cuenta es á sí mismo en sus horas de pena ó de remordimiento. El mal padre, el hijo perverso, el que causó la ruina de su familia ó llevó la desolación á la ajena, haciendo infeliz á una mujer, todos esos pasan diariamente á nuestro lado sin que nadie los mire ni tenga por qué compadecerlos ni para qué consolarlos. Quizá sean menos dignos de compasión y menos merecedores de consuelo que los otros, es decir, los que no han tenido habilidad bastante para ocultar sus crímenes, ni la fortuna de que el Código penal se haya olvidado de calificarlos é imponerles los años de presidio que les corresponden.

Un grupo de éstos, que llegarían á veinte, fué lo que hizo callar, de la manera que se ha dicho, á nuestras alegres peregrinas. Aquellos desdichados reclusos en el presidio de Coruña, á la sazón existente, arreglaban el camino, con la cadena al pie y atentos á las órdenes de un cabo de vara. Algunos soldados, con bayoneta calada y sentados en los bordes del camino, hacían imposible todo intento de fuga.

Juana se quedó como clavada en tierra. Sus ojos se fijaron en el que trabajaba á la cabeza de aquellos infelices, y un movimiento de piedad, irresistible, inmenso, inundó su alma. Se hallaba frente á un hombre de no cumplidos veinticinco años, de hermosas facciones y ojos brillantes; las miradas de ambos se cruzaron, y parecía que era cuanto necesitaban.

La piedad ofrecida por Juana estaba aceptada con una

gratitud infinita por el joven presidiario. El pacto estaba hecho; no era menester más por el instante.

Mientras las jóvenes cigarreras dejaban deslizar palabras de consuelo para aquellos infelices, la madre de Juana descendía por la ladera de la pequeña colina con otras dos mujeres cargadas de provisiones. Allí, en aquella ladera se alzaba la casita de Juana, en medio de un prado siempre cubierto de verdura, que constituían todos los bienes de la vida y de la huérfana. La madre se había encargado de preparar la imprescindible merienda de la partida, previo el correspondiente escote del gasto, y al ver llegar á las amigas, no se hizo esperar.

Las empanadas de jamón, tan sabrosas en toda Galicia, los chorizos de Lugo, las merluzas coruñesas, los quesos del país, las paviyas de Orense iban en tal abundancia, con buena provisión de vinos de Valdehorras y el Rivero, que prometían la hartura y un alegre regreso á cuantas formaban la expedición.

—Que la Virgen de Pastoriza os ampare y acompañe—dijo Juana al marchar.

—Que junto á ella nos veamos libres algún día—le contestó una dulce voz.

Allí se quedaron ellos, mientras ellas prosiguieron camino del santuario.

Juana no volvió la cabeza hasta que ya iba á desaparecer.

Luis, pues tal era el nombre del desdichado en quien fijó sus ojos, no apartó los suyos de la joven hasta que se la ocultó la revuelta del camino.

Un ángel que se hubiera aparecido á aquel infeliz no le hubiera hecho más dichoso que la presencia de Juana: la inmensa ternura que habían expresado sus ojos, la piedad y la simpatía que revelaban le hicieron considerarla como un ser excepcional; figurósele que se abriría para él un mundo nuevo, y que en la soledad en que vivía, lejos de su hogar y de su familia, acaso Dios le enviaba el consuelo de que tanto necesitaba su fatigado espíritu en la piedad de aquella mujer.

Sabía dónde vivía, no tardó en enterarse de su nombre, y pensó en escribirla aquella misma noche. Pero ¿a qué? ¿No sería una imprudencia? ¿Qué iba á decirle, el pobre presidiario, sin más patrimonio que la cadena y sin honra para siempre? Por otra parte, ¿no habría sido todo una ilusión de su deseo? El desdichado debía esperar y esperar; pero desde aquella noche Luis no se sintió tan solo en el mundo como hasta entonces se había considerado.

Á la mañana siguiente, Juana halló á Luis en el punto en que el día anterior. Un adiós cariñoso que se cruzó entre ambos fué la confirmación de que Luis no se había equivocado. ¿Qué más? Juana volvió la cabeza dos ó tres veces. El presidiario se consideró dichoso, y le pareció leve su cadena.

¿Quién era aquel infeliz? ¿Por qué se hallaba en tal situación? Juana no pudo saberlo más que á medias.

Luis González había dado muerte á un hombre por haber echado el deshonor sobre su familia. No había negado su delito, y por consiguiente había sido condenado á presidio. No tenía más que una hermana, reclusa en un convento, y en cuanto á sus bienes de fortuna, ni Juana le preguntó nunca por ellos, ni él por su parte manifestó tenerlos.

Pasaron tres años, durante los cuales Juana fué para Luis un ángel. Infringiendo las reglas de la prisión, mereció á su ascendiente sobre los empleados, de director abajo, supo hacer llevadera á Luis su penosa existencia; su ropa era la más limpia de todo el presidio; su comida, dos días por semana, pues Luis no consentía otra cosa, podía presentarse al más delicado de gusto, y por sus ruegos y dádivas, el penado no volvió á salir al trabajo.

Y Juana lo hacía todo así como por una obligación, cual si se tratara de un hombre que tuviera su sangre, sin pensar por qué ni para qué lo hacía, y sin más propósito que el de hacer el bien á aquel infeliz venido de Castilla para penar la muerte dada á un ladrón de su honra.

El día de la libertad había llegado. Juana se constituyó al salir el sol en el penal, y pidió al Director el último favor: romper ella misma el grillete que llevaba su protegido.

—Muchos ángeles como tú hacen falta en la tierra—contestó el Director; y llamando á Luis González, dióle cuenta de todo.

Cuando el último golpe del martillo, manejado briosamente por Juana, hizo saltar el hierro que oprimía el pie del presidiario, las lágrimas de Luis González caían sobre la cabeza de su joven amiga.

Esta alzó el rostro radiante de alegría y de hermosura, y con voz que parecía arrancada del fondo de su alma, exclamó:

—Ya eres libre; vé á reunirme con tu hermana. Ella habrá rezado por tí, y conseguido de Dios que no sucumbieras en esta lucha.

—Sí, iré—contestó Luis;—pero si has de completar tu obra, si quieres hacerme dichoso por el resto de mi vida, no he de ir solo, has de venir conmigo.

—¿Cómo?

—Tengo una fortuna y un corazón todo para tí.

—Lo de la fortuna yo lo garantizo—dijo el Director;—con lo que me tiene enviado su administrador y él no ha querido recibir, haciéndome depositario de ello, habría para vivir algunos años.

Todo te lo he ocultado—prosiguió Luis—por saber hasta dónde llegaban tu abnegación y tu piedad. Si no te crees deshonrada uniéndote á mí, la Virgen de Pastoriza bendicirá nuestra unión.

—Rico ó pobre—contestó Juana—no podría vivir sin tí. En cuanto á honra, como me han puesto por mote la Presidaria....

—Que Dios os bendiga—exclamó el Director.

Tres días después, Luis González y Juana Loure se desposaban en el santuario de Pastoriza, y emprendían el camino de Madrid.

M. G. ROMERA.

## EN LA PREVENCIÓN DE POLICÍA.

**E**n las primeras horas de la madrugada, los habituales concurrentes al Casino de Bi. b. no notaban la ausencia de uno de sus compañeros más asiduos, el Dr. López Algorta.

—¿Estará enfermo?—preguntaba uno.

—Ó enamorado acaso.

—Nada de eso—dijo un tercero;—acabo de saber que le estado ganando una cruz de benedictencia, arrojándose á la ría y salvando á un hombre.

Apenas acababa de ocurrir esta conversación, cuando entró en la sala el aludido, á quien acogieron los gritos de:

—¡Viva el doctor!

—¡Bien por el salvador de márfraques!

—¡Hurra por el perro de aguas!....

El Dr. López Algorta era un joven de poco más de treinta años, verdaderamente atlético, y que recordaba al Hércules Farnesio por sus músculos y espaldas. Como todos los hombres dotados de gran fuerza física, era dulce y pacífico hasta la exageración; pero ¡ay del que agotase su paciencia y se colocase al alcance de sus puños!

—¡Vaya! Veo que conocen ustedes la aventura, tal vez por una indiscreción de mi padre.

—A medias.

—¡Que la cuente por entero!

—Y sin omitir el menor detalle.

—Tienes la palabra.

El doctor, correspondiendo á las excitaciones de sus compañeros, comenzó así:

—Figúraos que esta noche tuve que ir á visitar á un cliente al otro lado de la ría, y que me retrasé bastante. Al tiempo de volver no encontré ningún coche, como podéis suponer; pero como me gusta andar, no me causó ninguna molestia aquel contratiempo. La noche, por otra parte, era hermosa, aunque algo fría, y la luna lucía admirablemente. Cuando me disponía á cruzar el puente, sentí que algo fuerte y pesado caía sobre mis hombros. Me detuve, y volviendo á medias la cabeza, vi á un hombre pálido y mal encarado, que me dijo:

—¡Alto!

Me revolví bruscamente para hacer frente á mi adversario, que era un tuno de blusa verde y boina, y le di un puñetazo en la mano que me cogía por el hombro.

—Abajo las patas lo primero.... Y ahora ¿qué me quieres?

—Alto he dicho—repuso arrojándome al rostro un repugnante olor á vino.

—Y por qué?—le dije.

—Porque lo quiero así.

Miré frente á frente á mi incómodo interlocutor, y repliqué:

—¡Vaya! ¡Sepárate ó te hago tomar un baño!

El hombre retrocedió algunos pasos, y añadió como si se dispusiera á arrojarse sobre mí.

—Si no me pagas unas copas, eres hombre muerto.

—¡Copas! Si que vas á beber, y más de lo que quieras. Y saltando rápidamente sobre él, le levanté de tierra, alzándole á la altura del pretil.

—¡Suelta! ¡No tengo ya sed!—me gritaba.

Pero no quise oírle, y abriendo los brazos, le dejé caer al agua, donde cayó dando un aludido.

Yo me asomé al pretil, pensando:

—Vamos á ver si ese imbécil sabe nadar.

Pero el pobre diablo se hundió, y entonces, quitándome el abrigo, me lancé á salvarle, consiguiéndolo no sin bastante trabajo. A pesar de lo desnudo de la hora y de la poca gente que pesa pasar por allí, se habían reunido en la orilla algunos guardias de seguridad y transeúntes, y uno de los primeros me entregó el abrigo que había recogido. El pobre diablo fué conducido al puesto de policía más próximo, y yo le seguí, chorreando como un paraguas y tiritando de frío. Allí quise despedirme; pero el jefe del puesto me miró de arriba abajo, y me dijo:

—¡Imposible, caballero, imposible!

—Soy el Dr. López Algorta.

—No lo sé, ni necesito saberlo. Hay que hacer el atestado y llevarlo al comisario de policía, con la declaración de usted y la de este infeliz.

—Corriente; pero hálgalo usted pronto.

—Hay un pequeño inconveniente, caballero.

—¿Cuál?

—Que el Sr. Comisario está durmiendo.

—Pues bien, despertarle!

Aquel celoso funcionario se encogió de hombros, diciendo:

—No puedo tomar sobre mí eso, en cosa tan corta....

—¿En cosa tan corta? Un bribón á quien acabo de salvar de la muerte.... acaso un presidiario....

—Caballero—añadió el jefe del puesto adoptando una entonación dramática—¿quién sabe si ese salvamento encerrará un crimen?

—Es usted muy amable, y su manera de llamarme asino no puede ser más delicada.

Mi sangre fría exasperaba al representante de la autoridad.

—Yo no sé nada—exclamó brutalmente—ni me incumben. Eso es asunto del Sr. Comisario. Y como no vendrá hasta dentro de algunas horas, puede usted aguardarle en el calabozo, que es lugar excelente.

—Gracias; preferiría mi cama.

—Estará usted solo.

—Lo cual es un consuelo; pero prefiero estar aquí hasta que vuelva en sí ese malhechor.

Y sentándose en un banco, miré á los agentes mientras auxiliaban á mi hombre, más asfiado por el vino que por el agua de la ría.

—Haciendo eso—les dije—ya tardará nuestro hombre



3.—Traje de recepción.



4.—Sombrero Lamballe.



5 y 6.—Manteleta para señoras de cierta edad. Espalda y delantero.



7 à 10.—Trajes de paseo. Delanteros y espaldas.



11 y 12.—Cuerpo-blusa de surah. Espalda y delantero.



15.—Delantal para niñas de 6 á 8 años.  
Explic. y pat., núm. VI, figs. 41 á 45 de la Hoja-Suplemento.



13 y 14.—Cuerpo de vestido de recibir. Espalda y delantero.



16.—Traje de calle.

Copyright, 1893, by Harper and Brothers.



17.—Vestido de fular.

Copyright, 1893, by Harper and Brothers.

en volver en sí. Déjenme ustedes proceder, que soy médico, y entiendo más que ustedes de estas cosas.

Cogiéndole entonces una mano, le apliqué dos palmadas tan fuertes, que se estremeció y volvió los ojos.

—¡Al asesino!.... El es.... ¡Al asesino!—gritó.

—¡Silencio!—dijo el jefe del puesto; y añadió volviéndose a mí:—¿Oye usted la acusación?

Yo me eché a reír.

—¡Si....!—gritó de nuevo el borracho;—¡me ha tirado al agua desde el pretil....! ¡Asesino!

—¿Y se atreve usted a reclamar la libertad?—me dijo el agente.—Aquí dos hombres, y llevadle inmediatamente al calabozo.

—¡Calma, y que nadie se mueva—dije.

Y sacando dos duros del bolsillo, dije á mi víctima:

—Toma, tunante; pero has de decir la verdad entera.

El vagabundo dió varias vueltas á las monedas, y dijo:

—Señor oficial, yo soy quien ha tenido la culpa.... La verdad.... Yo t'nia sed.... Me encontré con el señor y le amenacé con matarle si no me daba para beber.... Y él me cogió.... y me hizo beber en el agua....

—¿Y quién te ha sacado de ella sino el señor?—preguntó más humanizado el jefe del puesto.

—¡Ah!.... ¿Usted ha sido?....

—Vámos—dije;—todo acabó, y que traigan unas botellas para que termine alegremente la escena.

Poco después llegaba el Comisario, quien me dijo al encontrarme allí:

—Doctor.... ¿es usted? ¿Pues qué ha pasado?

Referíle en breves palabras lo ocurrido, y no hay que decir si el hombre excusaría á sus agentes, y á la vez que permití marcharse al borracho, á instancias mías, porque le supuse bastante castigado con el baño.

El tiempo que he pasado allí y el que he necesitado luego para mudarme de ropa explican mi tardanza de esta noche. Ahora, á jugar una partida de caramolas para acabar de entrar en calor y recuperar los duros que me ha costado mi aventura.

M. F. O.

## PRÁCTICAS SOCIALES.

Continuación.

**O**TRO tanto decimos (haciéndonos eco de lo que más se comenta) si se trata de cantar (acompañándose con la guitarra) coplas andaluzas. No os alejéis de la finura, y escoged canciones cuya letra sea digna de una señorita....

Tampoco se adelanta mucho en los salones de buen tono eso de salir á bailar la jota, las seguidillas ó sevillanas; pero tratándose de hacer un extraordinario en fiesta presidida por personas juiciosas, si os piden que bailéis algo de eso para complacer á algún personaje extranjero, pongamos por caso, no os neguéis, más no olvidéis nunca ningún detalle de finura y recato.

Mucho quisieramos decir, porque el asunto tiene alguna importancia hoy en día, sobre el juego; pero como es casi imposible decirlo todo, nos concretaremos á las reglas principales: toda educación, todo tacto y todos los miramientos habidos y por haber son pocos tratándose del juego, aunque sea el pacífico, sencillo y admitido de la lotería. ¿Habéis ganado un ambo, tercio, cuatremo ó la línea toda? No os apresuréis á gritar con excesiva alegría que vuestro cartón es el favorecido, y menos aún á coger el dinero; y si otra persona dice que ha ganado también, no le disputéis su derecho, sino acceded en seguida y partid las ganancias. Ni en broma hagáis trampas. Si el que *canta* los números es torpe, no os burleis de él. Cuando os correspondan *cantar*, no lo hagáis según os acomode, sino según acomode á los demás, y teniendo consideración con los que son torpes para apuntar, ó no oyen bien, etc., etc.

Si del resillo se trata, toda persona bien educada debe huir de esas discusiones que terminan en disgustos, de toda palabra malsonante, y de toda manifestación mal avenida con la prudencia.

Lo mismo decimos del *bezique*.

En fin, que en todos los juegos, llámense como se llamen, no se vea en vosotras codicia, sino sencilló deseo de pasar agradablemente unas horas.

Repreñible es que un hombre sea jugador, pero una mujer jugadora es más, mucho más repreñible aún.

No conviene tampoco dedicarse á decir agudezas inútiles durante el juego, porque si una vez hacen gracia, al poco rato cansan.

Es mucha descortesía cantar, y más todavía silbar durante el juego, aunque no se haga sino levemente, entre dientes, mejor dicho, como sucede muchas veces á los que se embelesan jugando.

No conviene tampoco golpear con los nudillos la mesa, ni con los pies el suelo, cuando la suerte es adversa; y si es favorable, ya hemos dicho que no se deben hacer exclamaciones ni demostrar excesivo contento; todo enfada á las personas con quienes se juega.

Si tenemos que dar las cartas, debemos entregarlas al comenzar la partida en manos de nuestros compañeros de juego.

Si vuestro padre, marido ó hermano pierden ó ganan, no os mezcléis en estos asuntos, delante de gente sobre todo, bien para aconsejarle que no siga ó que doble la puesta, bien para gratificarle si no es afortunado, ó para felicitarle si lo es. Todo esto es de mal tono.

Si es un juego de ejercicio, como la pelota, el *lawn-tennis*, el *croquet*, los bolos, el volante, etc., etc., es menester tener cuidado en no adoptar posiciones ridiculas ó impropias de señoritas.

Por cierto que nos permitimos hacer esta misma advertencia á las que juegan al billar, pues no es correcto ni sen-

tarse en el borde de la mesa, ni manotear y discutir cual si fueran hombres.

Es signo de poca, poquísimá educación leer cuando hay personas de visita, á no ser que éstas lean también, en cuyo caso, y haciendo de la habitación donde se recibe gabinete de lectura, está admitido.

Si mientras hay visita os entregan una carta urgente, al rasgar el sobre no digáis: «Con permiso de ustedes», pues esto ha caído algo en desuso; basta con la mímica, es decir, con indicar que pedis ese permiso ó contáis con él.

Tampoco está bien visto que vaya toda la familia, si es numerosa, de visita. Tratándose de un baile, es distinto; pero á una visita, basta y sobra con que vayan, á lo sumo, cuatro mujeres reunidas.

Los días de Difuntos, el Jueves y Viernes Santo son días en que no se visita más que á la familia, si hay precisión.

Los días de *recibo*, en Madrid sobre todo, terminan en Junio, y se reanudan en Octubre.

Si al ausentarnos de una población no queremos despedirnos personalmente, por más que esto es de rigor hacerlo con los íntimos, se envía tarjeta con las correspondientes letras S. D. (Se despide.) Si la ausencia es para veranear, no es de rigor lo de la tarjeta. Basta con decir adiós á la familia, á los amigos de confianza y á los que nos favorecen y protegen.

Si el día de *recibo* se convierte en día de *recepción*, dándole mayor solemnidad y extranjerizándolo, por ende, con el nombre de *free o'clock*, dicho se está que hay que abrir uno ó más salones, y permitir á la juventud que baile al compás del piano; y hay que ofrecer un *lunch* más abundante, y, por supuesto, que vestirse, aunque en traje de paseo siempre, con más esmero que si se tratara de *quedarse en casa* con el exclusivo objeto de que los amigos no vayan en balde.

.....  
Volvamos á las visitas, asunto forzosamente interrumpido.

Es indispensable acostumbrar á los criados á que enciendan las luces y culien de ellas, así como de las estufas y chimeneas, sin necesidad de que los dueños de la casa estén pendientes de avisarles. Cuando la luz eléctrica se halle al alcance de todas las fortunas, no habrá necesidad de este encargo; con apretar el botón, ya sabéis que ese hace la luz.

Todo criado bien enseñado y *bien aprendido* debe apresurarse á recibir, de manos de los visitantes, el paraguas, y á quitarles el abrigo, así como á ayudar á ponerse cuando se van.

Y si no se tienen muchos criados, puesto que, por lo menos, hacen falta dos en el recibimiento ese día, y no hay sino un criado para todo, éste debe ser listo y ligero, á fin de que no esperen más de un minuto las personas que llaman á la puerta.

Las señoras pueden entrar en la visita con la sombrilla en la mano; pero si se trata de señora ó caballero que van á cantar, tocar algún instrumento ó recitar cualquier composición, y van provistos de libro, estuche ó cuartillas, no deben presentarse con nada de esto en la mano, sino dejarlo antes en cualquier sitio del recibimiento ó pieza inmediata, á fin de ir por ello cuando llegue la hora de cantar, tocar ó recitar.

Es hasta ridículo que el marido se siente junto á su mujer, vaya de visita ó la reciba; y lo mismo decimos de esas familias que siempre parece que están en familia, aunque pasen la mayor parte del día fuera de casa.

Por regla general, lo más que debe durar una visita es media hora.

Por regla general también, las visitas se *pagan* al mes; pero ahora, con los días de *recibido*, resultamos más visitantes, pues cada ocho días hay que ver ó recibir á los amigos, aunque no sean íntimos. La *visita de digestión* se hace antes de que transcurran ocho días después del en que se ha comido ó bailado. Por lo común, si las personas que nos invitaron son de todo cumplido, se les deja tarjeta.

No es correcto convidar á una ó varias personas á comer, al teatro ó á paseo, delante de otras.

Tampoco, el día del santo de *la señora de la casa*, debe ésta (la señora) hacer alarde de los regalos que ha recibido, colocándolos, cual si se tratara de una Exposición, á la vista de todo el que va á felicitarla, cosa que siempre será violenta para los que no hayan enviado obsequio alguno.

Si estando en visita os presentan (en bandeja, por supuesto) una carta urgente, y no tenéis otro remedio que leerla, leedla, pues, pero sin separaros de los demás. Estos seguirán hablando unos con otros; no deben guardar silencio, ni ocuparse de la que lee.

Habiendo día de *recibo*, no es lo natural ir cualquier otro día. Esto equivale á decir que no tenemos gusto en visitar á esa familia.

La más rutinaria regla de buena educación aconseja que cuando nos anuncian una visita, salgamos á la sala en seguida.

Si es un matrimonio el que va de visita, la mujer debe tomar la iniciativa de levantarse para irse. Si es madre ó hija, la madre; entre hermanas, la mayor ó la casada, y así sucesivamente.

Todo criado bien enseñado se adelanta, pidiendo permiso, á las visitas, para guiarlas ó ir abriendo puertas, levantando *portiers* ó anunciando, si es costumbre.

Dulces, flores ó objetos de arte, como *bibelots*, algún bronce ó figurillas de Sax, son el obsequio oportuno y aceptable á que está obligado todo caballero para con la señora de la casa, siempre que ésta haya tenido la atención de invitarle con frecuencia á su mesa. Y esos presentes se ofrecen en Pascua, por Año Nuevo, ó bien el día del santo de la señora; pero no llevando el objeto uno mismo, sino enviándolo con el dependiente de la tienda donde lo hubiese comprado, ó con su propio ayuda de cámara.

Las listas colocadas en el portal, cuando hay enfermedades ó duelo, requieren que una persona, relativamente indiferente, se ocupe en ellas, pues hay que estar en ciertos detalles; por ejemplo: que la mesa sea espaciosa, que no se tambalee; que se renueven las velas de los candeleros, si la

luz del portal no fuere suficiente; que las plumas no resulten malas, ni el mango inservible; que el papel sea abundante y no de la peor calidad; que no falte arena, y á más silla para sentarse el que no quiera escribir de pie, y una bandeja grande para las tarjetas. Cuando va un criado, apunta el nombre de sus señores; si van éstos, dejan tarjeta, y si no la llevaren, entonces se inscriben en la lista y añaden: «E. P.», que quiere decir: «En persona.»

Los dolientes, en consideración á que no pueden hacer visitas hasta pasado el tiempo del luto riguroso, corresponden á las demostraciones de sus amigos enviándoles tarjeta al mes de acaecida la desgracia. Y al año, ó á los seis meses, según el luto de que se trate, se reparten entre parientes y amigos los consabidos Recordatorios, acompañados de otra tarjeta de luto riguroso, y de igual tamaño y forma que el Recordatorio, cuya tarjeta dice en letra manuscrita y tinta blanca:

*Los hijos, la viuda, ó la familia del Señor ó Señora de Tal*

(*q. e. p. d.*)

*Se permiten ofrecer á V. el adjunto Recordatorio, por si se digna tenerle presente en sus oraciones.*

*Madrid* (aquí la fecha del día en que se envía el Recordatorio).

En las visitas de duelo, si la familia no recibe, no se insiste, y deja una tarjeta ó su nombre escrito en la lista. Los íntimos suben; y hoy en día, los que se atienen á no entrar en la casa porque la lista dice que «la familia no recibe», suelen ser únicamente aquellos que sólo quieren *cumplir*; pero esto no les evita tener que visitar cuando no haya lista.

Parientes ó íntimos amigos van durante el novenario, y visten de negro, por supuesto. Los que no son de la familia, ni de confianza, hacen la visita corta, y huyen de hacer gala de indiferencia, y también de exagerado duelo. Según lo que hagan los dolientes, haremos los demás: si hablan de tristezas, de tristezas; si de asuntos indiferentes, indiferentes también nosotros. No hay que ser más papistas que el Papa. Pero tampoco se debe salir de una visita de duelo comentando si los dolientes no están bastante afligidos; ni juzgar de esto porque floren poco ó mucho, pues podemos equivocarnos.

Ha caído muy en desuso la antigua costumbre de tener casi en tinieblas la habitación donde está y recibe la familia del difunto.

No se debe llevar á los niños á las visitas de pésame.

Se espera, para visitar á los recién casados, á que den *parte de boda*, lo cual suelen hacer á los tres meses, siempre que no estén de luto.

Si la boda se ha celebrado fastuosamente, y ha sido una verdadera fiesta, la visita de agradecimiento se hace á los padres de ella, que son los que invitan.

Dan parte los padres del novio, lo de la novia y los novios en sus respectivas papeletas. Entonces se les visita; y si los padres de alguno de los contrayentes nos fueren desconocidos, se les deja tarjeta; que ellos, si quieren continuar las relaciones, ya la devolverán, y así sucesivamente.

.....  
Cuando se trata de un fausto suceso, los íntimos amigos, á más de la familia, son los obligados á hacer una *visita de norabuena*.

La naturalidad es prueba casi infalible de buen tono, siempre que se han sabido aprovechar los ejemplos de esmerada educación.

A las personas que nos visitan no se les da las gracias por habernos visitado, á no ser que sean de mucha edad, ó tengan muchas ocupaciones.

Se suele dudar de la finura de toda aquella persona que se sienta en el borde de la silla, ó que se recuesta demasiado en sillones y divanes; y eso de cruzar las piernas es impropio de toda mujer fina.

Si por la calle en que vivimos pasa procesión ó comitiva, y van los amigos á presenciársela desde nuestros balcones, debemos procurar que todos estén cómodamente instalados, aun cuando nosotros ni los individuos de nuestra familia no logremos asomarnos ni ver nada.

Después de haber pasado la procesión ó comitiva se ofrece un *lunch*, más ó menos modesto, según la posición ó la voluntad del que lo ofrece.

Antes se creían todos los amigos con derecho á convidarse para estos casos; ahora es más correcto esperar á ser invitados.

Cuando la visita toma carácter de numerosa reunión, las jóvenes forman grupo aparte.

A propósito de jóvenes: éstas, aunque sean huérfanas, deben evitar recibir á hombres solos; y si no hay otro remedio que recibir á alguno, porque así lo requieran cuestiones serias de interés, procurará, si tiene hermanas, que éstas se hallen cerca ó presentes; y si vive sola, su doncella permanecerá en la pieza inmediata.

La esposa del mariscal Davout, príncipe de Knüth, abandonaba su asiento siempre que el alcalde de Savigny entraba en su sala, y hasta lo despedía más allá del dintel de la puerta que daba al recibimiento.

Cuando lord Wolseley se presentó á la reina Victoria, después de la campaña de Egipto, la graciosa Soberana del Reino Unido, su hija la princesa Beatriz y su nuera la Duquesa de Connaught pusieronse de pie para recibir al general en jefe onyas proezas eran la alegría y el orgullo de la nación.

Y en España, ¿qué señora de buen tono permanecía sentada cuando entraba en su casa D. José Zorrilla, O'Donnell, Martínez de la Rosa, y otros no menos ilustres personajes? Distinción que merecen hoy en día, también, muchos valientes y muchos literatos que por fortuna viven.

Cuando contesta el criado que *la señora ha salido*, pero que *el señor está en casa*, ninguna señora, á no ser que sea de la familia, debe entrar.

Todo aquel que se va á acostar mientras hay gente en su casa, incurre en una grosería, á no ser que esté enfermo, achacoso ó excesivamente ocupado.

SALOMÉ NÚÑEZ Y TOPETE.

Continuara.